Ellas no saben...

Beatriz Teresa Bustos

Presentado por

Poemas del Alma

Dedicatoria

A Dios por su presencia activa.

A mi madre, quien me acompaña con su recuerdo.

A Carlos y a mis hijos Bernardo, David Esteban y Juan Pablo. A mis nueras Laura Gaetán, María Elena Fernández y Agustina Bima. A mis nietos Jeremías, Benjamín, Estefanía y Felipe; Abel y Luz María; Valentino y Camilo.

A mis amigos de toda la vida, y, a los amigos literarios con quienes comparto vuelos, experiencias y silencios.

Beatriz Teresa Bustos

Agradecimiento

Gracias por tu tiempo estimado Lector, sin ti mis obras no tendrian sentido de estar en el mundo.

Sobre el autor

¿Por qué escribo? Lo hago porque tengo una íntima necesidad de decir, de contar, denunciar, reflexionar... Además, aunque me cuesta creerlo: también mis silencios «escriben». He aprendido y aprehendido de mis vivencias, todo aquello que me ayudó a encontrarme y reconocerme. Diariamente, fusiono sentimientos y lenguaje para crear una realidad, tal vez «mi realidad» y la de tantos otros. Sé que utilizo ?quizás demasiado?, palabras rotas o heridas, las que, sin saber cómo, pasaron a ser mis redentoras. Solamente digo que soy un alma sensible, puedo recorrer los rincones más oscuros y regresar hecha luz y, aun sabiendo que, no podré plasmar mis palabras a la perfección en cientos de hojas, me doy permiso para sentirme poeta. Puedo cantar a una sola ?voz de tinta?, y con una primavera rota en las manos, me atrevo a perfumar huecos y muros, silencios y esperas. Como defensa, confieso: cuando escribo siento que soy seducida por esa hebra misteriosa que une mi humanidad y lo divino. Escribo, porque es ley natural dar a luz, cuando se ha estado grávida de palabras. Beatriz Teresa Bustos

índice

En pocas palabras

La niña juega

Celebración

OYE BIEN

HIJOS DEL ASOMBRO SOMOS

Amado mar

NAUFRAGIO AZUL

Perdón

El ritual

EXILIO

Segundos lúcidos

Trama nostálgica

Las fotografías

Último beso

NADIE

Auroras (de mis hijos)

En pocas palabras

Camino por la memoria del alma.
El bastón me sirve de apoyo y cayado.
Las vivencias, habitan los rincones,
debo sacarlas de allí, a rastras,
como a una orzaya malvada.
Pero, ¿para qué quejarme?
La infancia pasó...
Vi a mi padre marcharse en silencio,
inocente pregunté a mi madre:
¿a dónde se fue sin llevar su ropa?
Después, llegó
la adolescencia con su fuego
y me encendió por dentro,
hasta hacerme madurar.
Tres veces di frutos.
Ya con muchos años
sobre mis espaldas;
me embarqué en libros,
y en vocablos
que me abrieron camino
hacia el conocimiento.

Con el tiempo,
llegaron las palabras necesarias,
echaron raíces en mi sangre,
las que hoy salen por mi lápiz
para enraizarme en hojas blancas.
Saboreé amor y dolor.
Conocí el fracaso por haber
puesto la vara muy alta.
Odié y perdoné.
Me hundí y salí a flote.
Juzgué a otros, sin saber que

me condenaba
a mí misma.
Fui débil y fuerte,
(según las circunstancias).
Tuve más de lo que necesitaba
y menos de lo que deseaba (creo).
De nada reniego.
Agradezco la alegría de haber nacido.
Hoy, me prosterno antes de mis 74 años.

La niña juega

La niña juega a ser madre,
mientras, su madre, yace
como una princesa en un reino blanco,
sin príncipe ni corona,
sin carruajes ni vasallos.
La niña juega a que sabe vestirse
y peinarse,
y a acomodar su reino
sin torre ni doncella
sin manjares ni vestidos con puntillas.
La niña juega a que ya es «grande»,
(aprendió a no quejarse amarrando su lengua).
La niña, conoce la imagen de la hora,
el camino a recorrer,
y,
a no hablar con nadie,
camino a la escuela...

Pregunto:
La niña... ¿Juega?

Celebración

Amo tu desnudez
tu mirada vagabunda, tus suspiros
y el rubor que te denuncia ardiente,
ansío andar los laberintos de tu alma,
cubrir tu timidez con mi cuerpo.
Dejame grabar sobre tu pecho,
los rostros cambiantes de mis lunas,
buscar entre tus labios
la tarde en que me he encontrado
sin ataduras,
para decirle ¡sí! a los espejos,
que desde tus ojos me miran
pidiéndome les enseñe
mi lenguaje de fuego.
Huele a santuario tu piel
y tu deseo es una esquina donde me detengo
con desenfado,
e invitarte a explorar en mi carne
el misterio revelado.
Es la hora donde el amor
desparrama su océano dorado
y la habitación nos concede domesticar
innecesarias promesas, porque
ambos conocemos la voz de la sangre,
y raíz del grito en el silencio.
Has sembrado en mis contornos, pájaros
que se alimentan con aroma íntimos.

Afuera
el mundo sigue con su embrujo
y aquí nosotros
nos trepamos cabalgamos nos hamacamos
sobre una luna

a la que le robamos su cielo

OYE BIEN

Oye bien...
He decidido refutar las sombras
que por siglos atormentaron mi cuerpo
con su sierpe celeste.
Yo palpé los muros del infierno
cuando todos festejaban.
Fui la que parió mil cicatrices
entre pájaros y piedras.
La que decidió volar en el momento
en que todas las bocas
escupían sentencias.
La que tuvo la mirada profética sobre los libros
y las ideas que sembraban.
La que caminó por siglos desgarrada
y cual paria sin bandera,
ocultó las rosas
para que aves carroñeras no la profanaran.
La que lloró en silencio frente al espejo,
al ver tantas Magdalenas
oprimidas en su rostro.
La que amó hasta los tientos
y entre escombros de luna
conoció la cuna del río desenfrenado.

Oye bien...
Porque ha pesar de todo lo vivido
en el abismo de mis días,
hoy sacudo el polvo de mis plantas
porque sé no merezco esta
ofensa primigenia,
ni este despojarme con palabras.

Oye bien...

Vengo de las tinieblas
y voy hacia la luz;
quiero recuperar la dignidad sustraída
a través de la historia
y sus falacias.
Ya hubo demasiado dolor y sangre;
ya lo innombrable
no transitará la desnudez de mis pupilas,
azuzando con si debo o no debo quitarme el velo,
antes que las lunas suelten al ave de su jaula.
O si puedo o no puedo decidir
cuántas estrellas llevará mi nombre,
el que tantas veces denigrándolo,
fue un espectáculo más de su ruindad

Oye bien...
Por el borde de mis labios
emerge, segura,
la música ancestral de ser yo misma.
He decidido abrazar el signo inmutable: Edén
creado por el lenguaje de mi cuerpo.
Ha llegado el día
en que todos mis silencios
sean arrancados de raíz
para que nunca más la historia me fragmente,
ni se obstine en limitar mi identidad,
ni acallar el reclamo que sostengo.

Oye bien...
Porque vengo de las sombras de los siglos a la luz.
Soy protagonista, irrenunciable,
en mis derechos de ser Mujer dignificada.

HIJOS DEL ASOMBRO SOMOS

Nosotros, los que solemnizamos la Lírica,
vivimos cautivados por el silencio y los paisajes interiores.
Al desnudarnos ante la hoja pura, descubrimos que somos
briznas de luz, intentando anidar la palabra.
Es una manera ficcional de engendrar retoños
en nuestros ríos de sueños, y a veces (o casi siempre),
utilizamos raíces de nuestro ramaje,
eligiendo aquellas que tengan savia vivificadora para el verso,
y así, encendemos en el alma una pira de palabras.

Damos toda la sangre a expensas del miedo.
Y con la dimensión del grito,
trazamos tiempo en los renglones,
como itinerario preciso de nuestra presencia en ellos.
No bastan las manos para asirnos de la voz,
quien nos sostendrá con la cabeza fuera de las lágrimas.
Sabemos traducir con nuestro propio alfabeto
los símbolos extraños que el corazón dibuja en el cuerpo.
Nos dejamos acariciar por la conciencia, con sus manos
de utopía, como último recurso del llamado.
¡Qué sería del mundo sin poetas!
Tal vez: ojos vacíos: barcas cagados de fastidio.
Mentes sedientas de amor y esperanzas.
Pies sin caminos ni memoria (pasos sin latidos).
Manos impasibles, sujetando sus relámpagos.
Hombres heridos, fríos, enlutados.
Esclavos de una experiencia miserable, bajo un
lenguaje que jamás dignifica.
Actores cuya actuación solamente pasa
en la trastienda cotidiana de su mediocre vida.
¡Ay! ¡Qué sería del mundo sin poetas!

Nosotros, los que habitamos ese paraíso,

tenemos la Creación, como destino concebido,
la tenacidad del buril sobre el mármol mudo,
la musicalidad de la lluvia sobre la fértil tierra,
y el placer de hurgar el fondo de los sentidos, para
rescatar las primaveras que allí quedaron en vigilia.

Pasamos la existencia, ensoñando versos cuáles aves libres.
Hijos del asombro somos. Vamos por el mundo exponiendo
nuestras venas, con la única voluntad de ser fieles a
sí mismo, y al mundo que nos rodea.

Amado mar

Cómo olvidar que llegue a tu vera con el sol
sobre mis sueños,
inocente e inquieta te robe (desnuda) las pocas
palabras que te prestó el silencio,
para que pudieras decir de mi hermosura.
Me deslicé en tus manos azuladas
y me fui mar adentro de tu brío,
para ser uno bajo el pájaro de oro
y uno, en la cadencia de los cuerpos.

Por años fuimos habitantes de la playa,
corceles del fuego de los sueños.
Yo ave libre...Tú, de tu cuna preso...

Entonces descubrimos lo imposible...

Nos despedimos una tarde,
con un canto de amor correspondido,
me besaste con tu lenguaje de agua
y luego, inmersos en el dolor,
enmudecimos.

¡Ay! Amado mar, aún recuerdo
las horas recostadas sobre tu pecho.

NAUFRAGIO AZUL

Me ahogo en este «Naufragio Azul»
al intentar ignorar,
en qué momento la razón
equilibra en su máximo grado el alma.
Duele. Nunca se sabe
quién maniobra el intelecto,
quién detiene el ímpetu,
quién amordaza al inmaterial verbo.
Es cuando el azadón sin hastío
mete su negra lengua zanjando sin piedad
el sosiego que nos circunda,
que nos damos cuenta de ser sólo
una brizna de tiempo. Nada más.
Y aquí estamos,
actores nunca reconocidos
con la certeza de lo infinito,
en una especie de obra distorsionada
y bajo un telón de párpados
ocultamos la trastienda cotidiana.
En este ensayo no se da pie ni letra.
El tiempo marca y borra,
la ansiedad de encontrarse
cada uno en sí mismo y ser el centro de la obra.
En este guión, a veces, inmerecidos personajes
nos escriben el final en sorprendente avalancha,
...(Y nadie aplaude)...
Y aquí estamos aún.
En un eterno escenario,
cuya escenografía
es una ardorosa soledad.

Perdón

Perdón
porque el silencio
ha roto la hora
en la bruma
perdón
por las miradas que
calaron los ojos
intentando llegar
al fondo de tu mar
y ver
cuando tu alma:
velero azul
se alejaba...
perdón por estas manos
que no supieron retenerte
en mi puerto
que no pudieron calmar
tu sed de lejanías
ni tus ansias por saber
qué había
del otro lado de la vida
perdón porque el olvido
no ha podido desamarrarte
de mi orilla.

El ritual

El rosal crecía contra el muro, silencioso,
distante de todo aquello que no fuera luz y agua.
Jubiloso, por años estiró sus brazos, intentando
alcanzar el borde de la tapia y curiosear la calle.
Cada agosto ?mi madre? decidía la altura de su talle,
y él, sumiso, volvía a comenzar su itinerario...
Yo, con apenas siete años,
estiraba la mirada sobre la tierra,
como si fuera un manto delicado, para que
cada trozo que caía de su cuerpo, no se lastimará.
Así, por más de veinte años, vi ese ritual doloroso.
Mi madre lo amaba, estoy segura, siempre observando
si alguna plaga lo acechaba,
cuidándolo de los vientos y de los pájaros...

El cemento, años tras años fue cubriendo el patio,
desterrando, sigilosamente, las huellas de mi infancia;
solo el rosal, como reliquia,
ha quedado contra el muro.

Este invierno,
ha sido el más cruel de todos los que he vivido.
Mi madre se ha ido a otro jardín,
y me pregunto si allí, habrá rosales.
Es agosto, hay un ritual que debo realizar como un mandato,
pero, al ver el cuerpo del rosal,
deformado y tan herido,
a punto de llorar digo:
¡Crece amigo! ¡Crece hasta sobrepasar el muro!
Que toda la gente se adueñe de tus rosas
y aromen el mundo.

EXILIO

Mutilo raíces
hendiduras sangrantes violento
tomo posesión de mi dominio
avanzo, único hereje en este imperio
y me exilio, me destierro
me desnudo, soy mi afrenta
peso valores
tambaleo
la hiel de lo incomprendido saboreo.
Aún en el desierto la vida canta
el corazón exige que de ella aprenda
he de volver cantando la esperanza
quizás pocos comprendan.
Cantaré allí donde jamás cantara
en mis cementerios, en mis funerales
y me encontraré donde jamás me hallara
en los abandonos y en las soledades.
Ya madura y emancipada la voz
volveré entonando el canto renacido
puro, veraz, fortalecido.

Segundos lúcidos

¡No recuerdo! digo con la mirada
un remolino desenfrenado
acarrea desde el fondo de las arterias
palabras para sofocar el viento de los años.
En los momentos en que me habita algún recuerdo,
todo ese mundo
de inviernos y soledades
florece
un aroma a tiempo cala la lengua

la nostalgia arroja nombres
y puebla las "lagunas" de esta memoria mía
que, hace tiempo se busca
en las cavernas de los ojos.

Al decir: ¡no recuerdo!
soy una isla en medio de un mar desconocido
donde el olvido se repite a cada instante

y la razón
cuenta los segundos lúcidos
con su índice de sombras.

Trama nostálgica

La hamaca del tiempo mece los recuerdos
la memoria
teje su trama nostálgica con glicinas y retamas
los años pasaron llevándose instantes y nombres
que jamás recuperaré

hay una cicatriz que duele dentro
punza intermitente
no le da descanso,
al pájaro pájaro rojo,
indefenso,
prisionero

la brisa otoñal caza hojas en el aire
la llovizna
enhebra soledades
el cielo, testigo sombrío,
no dice una palabra
para enmendar su complicidad con el frío

mi madre en su mecedora teje recuerdos

de vez en cuando enlazamos palabras y con ellas,
nos salvamos del abismo,
una a la otra...

Las fotografías

Las fotografías son raíces consagradas al silencio.
Un fulgor de los recuerdos.
Una armonía de nombres en la memoria.
Una las mira, sin prisa, sabe que
están pobladas de senderos,
y nos llevan a buscarnos en el tiempo.
Cada una, es ventana abierta a las glicinas.
Nos devuelven las imágenes que se han ido,
tras los sones de un canto mágico,
que aún perdura en los sentidos.
Son poemas del instante.
Lumbre en la sangre,
asegura en cada una que, el cariño,
sigue fresco y perfumado como entonces.

Último beso

El gato holgazanea sobre el felpudo rojo.
El estío, tensó en la parra lazos de luz.
Agobiadas aves sobre las ramas
aguardan anhelantes, piadosa brisa del sur.

Todo el lugar huele a rosas y a jazmines.
La hamaca medita al rayo del sol.
Los vientres de las macetas ruegan fresca sinfonía
y el grifo del patio... de sus lágrimas perdió el control.

Mi madre se ha dormido en la mecedora,
la casa, para acunarla, su canto silenció.
La vida, con hebras de sus inviernos,
Le ha tejido en los cabellos, grisáceo mantillón.

Tiene en una mano un trozo de manzana
y el pañuelo en la otra... a punto de caer.
Presiento que se ha ido a buscar a su infancia,
aromas de paraíso y barcos de papel. Ahora,
su memoria es alondra extraviada, y mi nombre,
necesaria letanía, que no logra retener.

Después de contemplarla largo tiempo,
la acaricio con ternura, le doy un beso en la sien...
El pañuelo cae...la manzana también.
Mi madre, su vestido de piel ha olvidado...

Hay un estallido de cristales en mis ojos.
Arrecian los vientos de la vida.

Comenzó a llover.

NADIE

Dejó de llover y el abril se mece
entre melenas ocres.
Desde la glorieta sombras oscilantes
curiosean, luego parten.
El tiempo, crueles arabescos
esculpió en las lajas
y como si fuera un dios pagano
silente y desamparada
la fuente en el jardín aguarda.
Ayer cómplice del sol trenzaba amor,
con su boca abierta y transparente oía
los cándidos secretos que le contaba.
Por arterias amarillas he regresado
a contarle mi desdicha,
a lavar las heridas que aún sangran,
a confesarle que las promesas de él fueron
aves sin rumbo, descarriadas.
Entonces no sabía que el amor clava puñales.
Entonces no sabía que el amor también engaña.
Hemos envejecido,
huellas profundas nos delatan
y como herencia del amor tenemos
las bocas secas, agrietadas.
Abril se mece, las nubes corren desquiciadas
nadie entona un himno al paisaje
que quiebre el frío de esta nada,
ni una hoja ha caído a recibirme.
La fuente, calla.

Auroras (de mis hijos)

Mi voz,
orillando el manantial
de la garganta,
intenta encender los ojos,
mientras el reloj,
sin descanso,
hace sentir sobre la piel su paso.
Se rompe el silencio que habita en los labios
y una señal sonora desciende hasta los hijos,
derribando vallas
hasta rescatarlos de su sueño.

Una procesión de pasos
hacen revivir la casa
y el umbral del día,
abre de par en par su pecho.
entonces ellos, se alejan de mis manos hacia otras manos,
que habrán de moldearlos...

Y yo me quedo,
restaurando rincones desolados,
acomodando instantes,
invadida por el aroma del silencio,
con sus nombres rondando en la memoria.
Sé que regresarán por un andarivel luminoso,

pateando piedritas y desaliñados,
sembrado de mariposas y números sus cuadernos
y su mente será un mar de abecedario.
Cómo decirles que hay una realidad,
cuando tienen a flor de piel su albedrío
y el mundo, es tan "de ellos",
que ninguna de mis profecías

podrá desalentar.